

La última batalla de Neruda

Suelen ser misteriosas las razones de la popularidad y no se relacionan directamente con los méritos. Pesan los gustos y las circunstancias. En la "Incitación al nixonicidio y alabanza de la revolución chilena", último libro que en vida publicó Neruda, a los factores aleatorios se une el hecho más prosaico y terrenal de que es casi exclusivamente político. También es poético, pero misterio y ambigüedad están subordinados a propósitos de denuncia, escarnio y llamamientos movilizadores. El autor advierte que la obra no tiene "la preocupación ni la ambición de la delicadeza expresiva ni el hermetismo nupcial" de algunos de sus libros "metafísicos". A años luz de distancia de la fulgurante fuerza de "España en el corazón", actualmente está casi en el olvido y parece poco estudiado a pesar de su importancia para el conocimiento del poeta y la coyuntura histórica en que fue escrito. Esos dos elementos son, tal vez, los que mejor perfilan un criterio de análisis de la obra que excede (o deja entre paréntesis) lo estrictamente literario y estético, sin duda, pobre y menor en el universo nerudiano.

En febrero de 1973, la "Incitación..." fue publicada por la estatizada editorial Quimantú en sesenta mil ejemplares, una de las mayores ediciones que ha habido en Chile.

Con este libro, Neruda contribuyó a la campaña para los comicios electorales de marzo de 1973, en que la derecha intentó elegir parlamentarios suficientes para destituir a Salvador Allende de la Presidencia de la República. No lo consiguió pero eso no era seguro antes de las elecciones que exigieron a fondo a los contrincantes.

Fechado en Isla Negra, el libro apareció con una "explicación perentoria" a modo de prólogo, términos que son un juego conceptual entre alerta urgente o apremiante y última advertencia. La firmó simplemente "Neruda", el apellido solo, tal vez una forma de enfatizar su calidad de ciudadano común y combatiente.

CHILE, VIETNAM Y CUBA

Dos dimensiones se cruzan en la "Incitación...", la lucha popular horizontal e incontenible que se extendía por el mundo, en que Chile, Vietnam y Cuba eran teatros de operaciones de una misma guerra liberadora, cortada por la verticalidad del poder de Estados Unidos que arrastraba aliados de cada país, produciendo fracturas y tensiones.

La preocupación del poeta aparece impregnada de furia, ante la escalada de ataques norteamericanos a Vietnam y las maniobras desestabilizadoras y conspirativas de Nixon en Chile.

Neruda denuncia que el presidente de los Estados Unidos "ha intervenido en un cerco económico que pretende aislar y aniquilar la revolución chilena. En esta actividad -prosigue- usa diferentes ejecutores, algunos desenmascarados, como la venenosa red de espías de la ITT y otros, solapados, encubiertos y ramificados entre los fascistas de la oposición chilena contra Chile".

Neruda hace un alto en la poesía amorosa, nostálgica y de arqueo de fin de mundo que sigue escribiendo e libros que no alcanzaría a publicar. Vuelve por un instan-

te a la poesía política que había abandonado con "Canción de gesta" (1960), un homenaje a la revolución cubana.

El Nixon de Vietnam y Cuba es, al mismo tiempo, el Nixon de Chile, unido el triple perfil por la condición única de mandatario imperialista. El poeta sostenía que Chile era un Vietnam silencioso.

Neruda escribió la "Incitación..." movido por un apasionado deber político y ciudadano, y la leyó personalmente a Salvador Allende en Isla Negra, al tiempo que le manifestaba su deseo de quedarse en Chile, renunciando a la embajada en Francia.

Como diplomático, el poeta manejó información de primera mano sobre la conspiración. Durante las tratativas de la deuda externa pudo percibir con crudeza el bloqueo que impulsaba Estados Unidos.

En el Estadio Nacional, en Santiago, dijo ante una multitud, el 5 de diciembre de 1972: "Ustedes han visto cómo los grandes intereses extranjeros intrigan y presionan en el exterior para destruir las conquistas nacionales instauradas por nuestro Gobierno Popular". Agregó: "Deben darse cuenta los chilenos que los hilos de una conspiración internacional de estos grandes intereses pasan también por nuestro territorio. Ya quedó al descubierto, después del asesinato de un soldado glorioso, el general Schneider, que este crimen fue urdido en el extranjero. Para vergüenza nuestra, las manos de los asesinos fueron manos chilenas". Eso, sin embargo, no era lo fundamental. La guerra civil era su obsesión. Si en Francia era inquietud acuciante, en Chile tuvo la vivencia de que era inminente.

En ese discurso advirtió: "Me he dado cuenta de que hay algunos chilenos que quieren arrastrarnos a un enfrentamiento, hacia una guerra civil. Y aunque no es mi propósito en este sitio y en esta ocasión entrar a la arena de la política, tengo el deber poético, político y patriótico de prevenir a Chile entero de este peligro". Recordó la tragedia de España: "He visto exterminarse a los hombres que nacieron para ser hermanos, los que hablaban la misma lengua y eran hijos de la misma tierra. No quiero para la patria un destino semejante". Concluyó: "Por eso quiero pedir a los chilenos más cuerdos y humanos, se ayuden entre sí para poner camisa de fuerza a los locos y a los inhumanos que quieren llevarnos a una guerra civil".

Neruda decide apelar a las armas de su oficio. A "la fuerza demoledora de la Poesía, que ha demostrado la Historia". A Nixon -sostiene- "sólo los poetas son capaces de ponerlo contra la pared y agujerearlo por entero con los más mortíferos tercetos. El deber de la poesía -dice- es convertirlo a fuerza de descargas rítmicas y rimadas en



PABLO Neruda y Salvador Allende en el living de la casa del poeta en Isla Negra.

un imponente estropajo". Para ello se desprende de su manto lírico y su poder de taumaturgo. Advierte: "Conservo como un mecánico experimentado mis oficios experimentales: debo ser de cuando en cuando un bardo de utilidad pública, es decir, hacer de palafrenero, de rabadán, de alarife, de labrador, de gáster o de simple cachafaz de regimiento, capaz de trenzarse a pufete limpio o de echar fuego hasta por las orejas".

WHITMAN Y ERCILLA

Dos poetas, Walt Whitman y Alonso de Ercilla, ayudan a Neruda en la tarea justiciera. El primero lo acompaña a llevar a Nixon al banquillo de los acusados y el poeta tutelar de Chile se yergue en defensa de la tierra amenazada por la agresión extranjera.

Whitman fue una de las mayores admiraciones de Neruda desde la adolescencia. De él asumió la voz humana y cabalmente amorosa que rechaza la guerra y exalta el trabajo creador del hombre, que construye el "héroe positivo", que crea y edifica sin olvidar la emoción de la piel. Siguiendo su huella escribió notables poemas, entre otros, "Que despierte el leñador", inolvidable pieza de "Canto general". Neruda, en 1966, comenzó un discurso en el PEN Club de Nueva York con una cita de Whitman. La reunión provocó la ira de los escritores cubanos que vieron su presencia en el país de los agresores como sumisa conciliación. Neruda no olvidó el agravio. Replicó defendiendo siempre la revolución cubana. Lanzó mandobles rencorosos. Atacó sin altura a Alejo Carpentier. En la "In-

citación..." en el poema "Cuba siempre" (XX) junto a la exaltación se deja un verso para aludir a "retamares y gusanos".

JUICIO Y CONDENA

"El", título del poema IV, se refiere a Nixon el criminal destinado a "ser juzgado por la pobre gente / por las sombras de los muertos de ayer, por los quemados, / por los que ya sin habla y sin secreto / ciegos, desnudos, heridos, mutilados / quieren juzgarte, Nixon, sin decreto".

Antes de iniciar la faena Neruda se despidió por un momento del amor. Debe castigar "la saña poderosa / del inmenso verdugo comandado / por el concubinato del dinero / para quemar jardín y jardinero / en países remotos y dorados".

Este poema comienza con un "amor, adiós, hasta mañana, besos", eco tenue de Ercilla que previene, al comienzo de "La Araucana": "No las damas, amor, no gentilezas / de caballeros canto enamorados..."

En "El juicio" (V) se dicta sentencia, mirando frente a frente el esqueleto de Nixon. Como espada increíble se alza para cortar el cuello un niño asesinado por la vesania homicida del presidente norteamericano.

CRIMEN DE SCHNEIDER

Otro punto culminante son los poemas alusivos al asesinato del general René Schneider, comandante en jefe del Ejército, en octubre de 1970.

El crimen conmocionó a Neruda. Vio en él la anticipación de la tragedia colectiva,

porque la derecha estaba dispuesta a todo. La indignación del poeta aumentó cuando a fines de 1972, la Corte Suprema rebajó las penas a los culpables.

Lo dice la "explicación perentoria": "...Las circunstancias de mi país, los actos terribles que enlutaron a veces nuestra paz política, me llegaron al alma. Los asesinos del general Schneider andan por ahí vivitos en cómodos departamentos carcelarios o en suntuosos hoteles extranjeros". Y prosigue: "Algunos prevaricadores les rebajaron la pena a menos de lo que en mi país se condena el robo de una gallina. Así pueden ser de sinvergüenzas algunos hombres que se llaman jueces. La frase será motivo de alharaca, se dirá que yo insulto a la Magistratura. No señor, cada disciplina humana y entre ellas la delicadísima de juzgar me merece un misterioso respeto. Pero tengo para mí que la Injusticia venida desde los Tribunales de los que deben ser justos, es el desequilibrio más incalculable de la razón".

Cinco poemas, de los 43 del libro, se refieren a Schneider, el crimen y la memoria. "Duelo de Chile" (XXII) es, sin duda, el último. Fue escrito después del fallo de la Corte Suprema como lo indican los versos finales.

"Schneider sigue siendo traicionado/ y la conspiración que continúa/ cuenta con los injustos magistrados/ por cuyas manos la justicia actúa". En este poema hay un ataque feroz contra Eduardo Frei a quien el poeta reprocha su silencio después de haber sido acusado de dar "luz verde al crimen espantoso".

"El gran silencio" (XXVII) consigna el asombro que produjo el asesinato del general, primer magnicidio desde la muerte de Portales en 1837. "Es tarde ya. Se han ido los malvados/ Schneider, desangrado y malherido/ ha muerto, el crimen está consumado./ Un gran silencio cubre nuestras vidas./ El estupor del pueblo deshonrado,/ el clamor de la Patria estremecida".

El poema siguiente, "Es triste" (XXVIII), de apenas cuatro versos, asume la profundidad del abismo abierto por el terrorismo de la derecha: "Desde entonces un río nos divide:/ agua sangrienta, barro de marismas/ No hay nadie en esta tierra que lo olvide./ Desde entonces la patria no es la misma". Termina el breve ciclo -porque el poema "Que no, que nunca" (XXIII) es menos directo, aunque proclama "No entrará en esta casa con puñal:/ el sobrino del tío senador/ a asesinarnos otro General"- con el verso "Mi general, adiós" (XXIX) que tiene la impronta de Whitman en su despedida a Lincoln. Neruda constata que el ejército respalda al gobierno, aunque hay en sus versos una nota expectante que no oculta incertidumbre: "...hasta ahora tu estirpe de soldado/ cerca de Allende, claro Presidente./ defiende al pueblo y a su nuevo Estado/ (como si aún tu mano militante./ aún después de ser martirizado./ cumpliera su deber de comandante".

¡NO A LA GUERRA CIVIL!

A la mitad del libro, el poema "Que no, que nunca" (XXIII) delimita el núcleo de la "Incitación..." que abarca los siguientes tres poemas.

No debe repetirse el crimen de Schneider, aunque las fuerzas oscuras pretenden arrastrar a los chilenos "a la guerra despiadada/ a la noche del duelo y del terror". En este poema Neruda explicita todavía más el mensaje: hay que expulsar a los incendiarios y atar de pies y manos a los criminales. "Fuera de aquí la hiena y el escualo", dice. Y hace una advertencia capital: "Que no maten los malos a los buenos/ ni tampoco los buenos a los malos/". Enfrenta de ese modo el maniqueísmo que conduce a justificar el crimen contra el adversario.

Ese es también el sentido del poema siguiente, "L.E.R." (XXIV). En sólo seis versos, Neruda pide al "furioso que agache su estatura" y no pierda de vista "las verdades y caminos" que enseñó Luis Emilio Recabarren. Alude así a la política del Partido Comunista referida al legado de su fundador: orientación de masas, rechazo a las aventuras, serenidad ante las provocaciones y ataques terroristas, líneas que son para Neruda en este libro "la condición del destino de Chile".

"Contra la muerte" (XV) -con igual título que el libro de Gonzalo Rojas aparecido en 1964- constituye un alegato impresionante contra la guerra civil. No hay en ella vencedores ni vencidos, advierte el poeta. Deben imponerse, por lo tanto, las leyes de la vida y la hermandad esencial de los chilenos.

"A la guerra civil de los contrarios/ quieren llevarnos garras fraticidas/ sin saber que los chilenos adversarios/ siempre amaron las leyes de la vida./ Y no triunfa el más noble ni el más fuerte/ desangrando la tierra preferida/ y cambiando la vida por la muerte."/

En esos versos retumban los presagios. La confrontación se acerca. Neruda llama a abandonar el dogmatismo que asume el engreimiento del que se cree infalible, con tono distinto del que muchas veces utilizó en su poesía política.

"No neguemos la luz al descontento", dice porque en el diálogo surgen posibilidades que no se esperan. "Que cada hombre lleva en su porfía/ lo mejor de su ciencia y su momento".

El poema titulado "Nunca" (XXVI) cierra este cuarteto medular y pasa de la voz singular al plural que nos implica a todos, con el consiguiente reconocimiento de culpas y errores ajenos y propios. "No llevemos la Patria a la agonía/ condenada a la sangre y su lamento", dice.

En los textos resuena la aspiración de Neruda expresada en el "Aquí me quedo" (XII) que contiene los tal vez más conocidos versos de este libro: "Yo no quiero la Patria dividida, ni por siete cuchillos desangrada:/ quiero la luz de Chile enarbolada/ sobre la nueva casa construida:/ cabemos todos en la tierra mía".

En torno a esos temas centrales se organizan, sin mucho orden, los otros poemas que responden a las urgencias del momento: el cobre, el significado de la victoria popular, la historia vulgar de las mujeres de la alta burguesía que organizaron protestas por la supuesta falta de alimentos, que en sus casas abundaban, los trajines conspirativos de "El Mercurio" y la ITT, ataques a la ultraderecha y la ultraizquierda, en fin.

QUEVEDO Y LA LUNA SANGRIENTA

Si dos poetas lo ayudan en el camino, hay un tercero que le sirve de descanso y reflexión -don Francisco de Quevedo y Villegas -que también lo ha acompañado mucho tiempo.

Casi dividiendo el libro en tercios, aparece su figura encorvada por las pesadumbres de la edad. En "Leyendo a Quevedo junto al mar" (XV), Neruda se declara entre "graves desmesuras" y siente que la raíz de su tristeza reside "en el miedo del poeta mortal en su lamento". La muerte y la fugacidad del tiempo que se derrama incontenible están presentes en Neruda como en el famosísimo soneto de Quevedo que comienza con el verso: "Buscas en Roma a Roma, oh peregrino" y concluye irremediable: "sólo lo fugitivo permanece y dura".

Neruda no se deja vencer por los pesares. Hay una tarea ineludible. Chile pelagra, atacado por los mismos que se estrellan contra Cuba y Vietnam, fortalezas que defienden los pueblos.

Caminado el otro tercio del libro el poema "Mar y amor de Quevedo" (XXX) trae de nuevo la imagen del español, político, cortesano, amante desengañado. Junto al mar de Isla Negra, Neruda evoca. Se refugia en su "poeta favorito" sintiendo la "palpitación y el centelleo / del mar amargo y del amor maldito". Comparte la melancolía existencial de Quevedo que le hace señas desde la distancia de tres siglos, pero entiende que tiene un destino distinto, marcado por el imperativo de la lucha. "Mi pecho militar de combatiente -escribe- me inclinó a las guerrillas del Estado: / a conseguir con la paciencia ardiente / de la verdad y del proletariado / el Estatuto de la pobre gente".

En 1947 Neruda publicó "Viaje al corazón de Quevedo", cuyo origen es bastante anterior, clave para la comprensión de su poética. Hay frases allí que adquieren fuerza reanimada en la perspectiva de la "Incitación...": "Sólo un poeta tan carnal pudo llegar a tal visión espectral del final de la vida (y trazar) la amarga fotografía no sólo del estado de un hombre sino del estado de una nación desventurada... El gran testigo sigue mirando más allá de los muros, más allá de los tiempos".

Neruda fue también el gran testigo. Testigo y actor de primera línea que no se restó a la acción colectiva que definió por el camino de la militancia comunista para lograr "el Estatuto de la pobre gente".

Neruda leyendo a Quevedo en los meses finales en Isla Negra es una imagen sugerente. En sus postrimerías, éste escribió: "Retirado en la paz de los desiertos / con pocos pero doctos libros juntos / Vivo en conversación con los difuntos / y escucho con mis ojos a los muertos". Neruda en Isla Negra piensa en la muerte, recuerda a los amigos que se han ido, pero también se agita por la vida, por la vida clamorosa y esperanzada del pueblo que lucha.

RESPONSABILIDAD HISTORICA

Vive plenamente el compromiso de ese tiempo. A las pocas horas de haber recibido el Premio Nobel de Literatura había ha-

blado, improvisando, a los chilenos. "Estamos nosotros viviendo un punto culminante de la historia. ¿Vamos a volver al pasado feudal? ¿Vamos a volver a entregar nuestras riquezas que entregó la oligarquía chilena, los derechistas que se disfrazan de patriotas y que dieron el patrimonio nacional a los extranjeros? ¿O vamos a cambiar el sistema de latifundio, o vamos a cambiar el sistema de monopolios? Es decir, ¿vamos a ir hacia atrás? Este es el minuto, éste es el momento. ¿O vamos a cambiar decididamente el rostro y la profundidad de nuestra Patria? Que este sentimiento, en que la esperanza se está construyendo, en que estamos vertiendo el contenido de una lucha que empezó con los libertadores de la Patria en 1810, está decidiéndose en este momento ese destino. Cuando nos miran, en especial los pueblos de América, tenemos que sentir todos nosotros la responsabilidad de este minuto histórico, como la sintieron en el pasado los libertadores" (El Siglo, 25.10.71).

Ese impulso que traía Neruda desde la juventud, siguió potente y vivo hasta su muerte.

ERCILLA

Don Alonso de Ercilla y Zúñiga -"inventor de Chile", como lo llamó- es convocado a la "batalla y la esperanza". El poeta de "La Araucana" escucha el llamado. "Habla don Alonso" (XLIII) es la octava real tan conocida de los chilenos que canta a sus habitantes como garantía de independencia y a la fertilidad de las tierras del país. Cierra el libro el verso "Juntos hablamos" (XLIV) en que los dos unen sus voces.

Cada uno de los ocho tercetos usa como tercer verso uno de la estrofa ercillesca, culminando con los versos enfáticos que tienen hoy la grandeza trágica de la derrota que quería evitar con el conjuro de la palabras: "La estirpe popular esclarecida / es como ayer fecunda y sediciosa / Y NO HA SIDO POR REY JAMAS REGIDA / Y aunque sea atacada y agredida / Chile, mi patria no será vencida / NI A EXTRANJERO DOMINIO SOMETIDA".

Más allá de la fuerza provocada por la potencia energética del momento (el carácter "efímero" que subrayó Neruda), el libro parece destinado a vivir. Testimonio de la coherencia ideológica del autor ayudó a la lucha de los chilenos partidarios de la Unidad Popular y traspasó las fronteras. Sus versos animaron y enardecieron, entusiasmaron e hicieron pensar.

Fue, como quiso Neruda, un golpe contra Nixon que adelantaba en las sombras planes para liquidar en Chile la democracia. Poco después de la caída de Allende (y de la muerte del poeta), Nixon renunció cubierto de oprobio por el escándalo de Watergate. A Neruda le hubiera gustado pensar que contribuyó algo al castigo del "delirante genocida". Vietnam había triunfado.

"Incitación al nixonicidio y alabanza de la revolución chilena" perdurará como manifestación de un pensamiento político estructurado que se volcó a la acción poética. Neruda fue un convencido comunista, un hecho que ahora se quiere edulcorar. El libro puede verse como una muestra sencilla, "ofensiva y ruda como piedra araucana" de sus ideales ●

HERNAN SOTO